

imperio mejicano, y ordenó á todo su ejército que no causasen ningun nuevo daño á los habitantes.

Una causa verdaderamente original dieron el señor y los caciques que le acompañaban, por no haberse presentado antes al jefe castellano, como protestaron lo deseaban. Dijeron que se presentaban tarde á solicitar la amistad de los españoles, porque al huir se habian propuesto satisfacer sus culpas, permitiendo que les hiciesen todo el daño á que eran acreedores; esperando que así se calmara el justo enojo de los hombres blancos (1).

Terminado, con la toma de Cuernavaca, el objeto de la expedicion á las montañas, el general castellano quiso descansar aquella noche en la ciudad, para emprender otra vez la bajada al valle y hacer enteramente el circuito á los lagos, á fin de fijar sus puntos de ataque. Al siguiente dia, muy temprano, despues de haberse despedido del señor y de los nobles de la ciudad, se puso en camino, al frente de su ejército.

La vida de aquellos soldados era de continua accion. Sin descansar de una batalla y sin sanar de sus heridas, hacian grandes jornadas por áridas montañas, luchando constantemente, durmiendo en despoblado, sin quitarse las armas, sufriendo el hambre y la sed, y teniendo por un gran regalo algun perrillo del país llamados *techichi*, que encontraban en algunos puntos.

(1) «Nos dijeron que la causa porque venian tarde á nuestra amistad era porque pensaban que satisfacian sus culpas en consentir primero hacerles daño, creyendo que hecho no tendríamos despues tanto enojo dellos.»—Tercera carta de Cortés.

El ejército emprendió su marcha hácia el Norte, pasando de nuevo la cadena de montañas, formidable muralla natural, cruzada de barrancas y de precipicios, que presentaba el majestuoso valle. El escabroso camino que las tropas llevaban, no presentaba ninguna de esas pintorescas vistas que compensan la fatiga y hacen olvidar el cansancio. Era una subida penosa, cubierta de cortantes rocas, donde no se descubria ni una casa, ni una choza, ni habitante ninguno. Espesos bosques de pinos se levantaban por uno y otro lado, imprimiendo un aspecto lúgubre al paisaje que se presentaba desnudo de toda otra vejetacion. Los soldados, abrasados por los rayos de un sol quemante, buscaban alguna fuente ó riachuelo donde calmar la devoradora sed que les aquejaba. Inútil afán. No existia en el rumbo que llevaban ni una sola gota de agua. La tierra estaba seca como las escarpadas rocas que subian, y la escasa yerba que en algunos puntos se veia, se encontraba sin jugo y caldeada.

El ejército, agobiado por el sofocante calor y sin encontrar nada que mitigase su devoradora sed, caminaba desfallecido, respirando con dificultad y sintiendo asfixiarse en la sofocante atmósfera que le rodeaba. La esperanza de encontrar agua mas adelante, les alentaba á continuar el camino; pero la jornada se prolongaba sin alcanzar á descubrir el refrigerante líquido. Muchos indios del ejército aliado murieron de sed, y aun fué víctima de ella uno de los soldados españoles que iba enfermo (1).

(1) «Por una tierra de pinares, despoblada y sin ninguna agua, la cual y un huerto pasamos con grandísimo trabajo y sin beber; tanto que muchos de los

Cerca de siete leguas llevaban de camino, y la necesidad de agua era cada vez mas apremiante. Los caciques de Cuernavaca habian asegurado á Cortés, antes de ponerse en marcha, que habia un pozo en el rumbo que llevaba, y creyó que no debia estar ya muy lejos. Viendo fatigada de calor á su tropa, mandó hacer alto bajo un espeso bosque de pinos para que descansase á la sombra de ellos, mientras enviaba á varios soldados de caballería á que buscasen el pozo deseado.

Como era fácil que se encontrasen con algunos escuadrones mejicanos, encomendó el desempeño á Cristóbal de Olid, Valdenebro, Pedro Gonzalez de Trujillo y á otros esforzados ginetes. Al ver Bernal Diaz del Castillo que se disponian á marchar, se propuso ir á pié con ellos, llevando consigo algunos indios ágiles. Cristóbal de Olid, le dijo que era fácil que se encontrasen con el enemigo, y que por lo mismo se ponía en gran peligro en ir á pié solo; pero el veterano historiador, prefiriendo la muerte á la sed, le suplicó que le permitiese marchar, á lo cual accedió Cristóbal de Olid, que le distinguia con su amistad (1).

indios que iban con nosotros perecieron de sed.»—Tercera carta de Cortés.

Bernal Diaz, al pintar la sed que sufrieron, es el que hace mencion del soldado español que murió de ella: «Y un soldado de los nuestros, dice, que era viejo y estaba doliente, me parece que tambien se murió de sed.»

(1) «Y fui tras ellos hasta que me vieron ir, y me aguardaron para me hacer volver, no hubiese algun rebato de guerreros mejicanos donde no me pudiese valer, é yo todavía porfiaba á ir con ellos; y el Cristóbal de Olid, como era yo su amigo, me dijo que me fuese y que aparejase los puños á pelear con los indios y los piés á ponerme en salvo; y era tanta la sed que tenia, que aventuraba mi vida por me hartar de agua.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

A la media legua, descubrieron varias casas en un punto ameno y agradable. La alegría brilló en el semblante de todos, no dudando que habian llegado al sitio en que iban á mitigar la abrasadora sed. Con ánsia imponderable se lanzaron al interior de las casas, buscando el agua apetecida. Los habitantes habian huido á los montes al verles aproximarse á la aldea, y los sedientos soldados, libres de enemigos, se dirigieron á donde estaban unos grandes cántaros de barro. Un grito de placer dejaron escapar al mirar su fondo. Estaban llenos de agua. Todos se apoderaron de algun cántaro para beber hasta saciarse. Satisfecha la sed y contentos del hallazgo, emprendieron la vuelta hácia el pinar en que habia quedado el ejército, para darle la feliz nueva. Bernal Diaz del Castillo, deseando obsequiar al general y á varios capitanes y amigos, se apoderó de un cántaro y se lo dió á uno de los indios que le habian acompañado, encargándole que lo llevase muy escondido.

Antes de llegar al pinar encontraron á Hernan Cortés que se habia puesto ya en camino con toda la gente. La noticia de que se hallaba á corta distancia el agua, reanimó el espíritu del sediente ejército. Bernal Diaz del Castillo se acercó entonces al general y le presentó el cántaro de agua, para que mitigase su sed. Mucho le agradeció el jefe español aquel obsequio, superior á todos los que pudieran hacerse en aquellas circunstancias (1).

Media hora despues, llegaban las tropas á las humildes

(1) «De la cual bebió Cortés y otros caballeros, y se holgó mucho, y todos se alegraron y se dieron prisa á caminar.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

casitas de la pintoresca aldea, situada en la ladera de una de las montañas. El ejército satisfizo su sed, y acercándose en aquellos momentos la noche, pernoctó en el pueblecillo, sin que el general descuidase ninguna de las precauciones necesarias que le pusieran á cubierto de un golpe de mano.

A la luz primera del siguiente dia, continuaron las tropas su marcha, y á las ocho de la mañana se presentó á su vista una magnífica ciudad que les causó notable admiracion. Era la mas notable del valle, á excepcion de las dos grandes capitales Méjico y Texcoco.

El nombre de la hermosa ciudad, que se mostraba bella y poderosa tras del breñoso camino que el ejército acababa de cruzar, era Xochimilco, situada á la orilla de la hermosa laguna de Chalco, á cuatro leguas de la córte del imperio azteca. Su nombre, que significa «campo de las flores,» guardaba perfecta consonancia con la pintoresca posicion que ocupaba, y con los floríferos verjeles que le rodeaban. Sus casas eran notables por su solidez y capacidad, magníficos y numerosos sus templos, hermosos sus palacios y numerosa su poblacion. Pero lo que sorprendia agradablemente la vista y daba á la ciudad un aspecto risueño y encantador, eran los bellísimos jardines flotantes ó *chinampas* que se mecian en las dulces aguas del tranquilo lago, y de donde tomó el nombre de Xochimilco, cuyo significado dejo referido. Una parte considerable de la poblacion estaba fundada sobre el lago, y tenia, como Méjico, muchos canales y puentes que la hacian fuerte y poderosa. Sabedores los habitantes de que Hernan Cortés se dirigia á la ciudad, aumentaron las fortificaciones y

se prepararon á la lucha. El emperador Guatemotzin, habia enviado con anticipacion bastantes fuerzas para defender la plaza, y disponia nuevos escuadrones que fuesen á engrosar el ejército.

Al avanzar los españoles sobre la ciudad para atacarla, levantaron los puentes, y parapetados tras de gruesas trincheras que habian construido, empezaron á enviar un diluvio de armas arrojadizas sobre los asaltantes. La laguna se hallaba cubierta de canoas, llenas de guerreros, que lanzaban á su vez millares de flechas y de dardos.

El general castellano distribuyó su gente en tres cuerpos, y atacó la ciudad por igual número de puntos. Los arcabuceros y ballesteros trataron de desalojar con sus tiros á los mejicanos que se hallaban al otro lado de los puentes; pero las trincheras les defendian de todo daño, mientras ellos herian con sus flechas y piedras á sus contrarios. Entonces se arrojaron al lago los asaltantes, y unos á nado y otros con el agua al pecho, acometieron á los que defendian los parapetos. La lucha se hizo sangrienta. Los mejicanos, resueltos á combatir sin descanso, recibian á sus contrarios con las puntas de sus largas lanzas, formadas con las espadas cogidas en la Noche Triste, con sus temibles macanas y con una lluvia incesante de flechas y de piedras. Media hora llevaban de combate, y aun no ganaban los asaltantes el primer foso. Comprendiendo que si se prolongaba la lucha llegarian nuevos ejércitos de mejicanos, que les atacarian por la espalda, se arrojaron con desesperacion á ganar la trinchera, y logrando salir del agua, acometieron con sus cortantes espadas á los defensores.

Los mejicanos resistieron valerosamente el choque, y siguieron batiéndose, hiriendo á muchos de sus contrarios y dejando tendidos en el suelo á dos soldados españoles. Pero en sus filas hacian estragos las cortantes hojas toledanas y los arcabuces. Sus mas valientes capitanes se hallaban sin vida sobre el campo, y despues de resistir heroicamente por algunos momentos mas, empezaron á retirarse hácia el centro de la plaza.

La caballería, que habia conseguido penetrar en la plaza por otros puntos en que el agua no daba mas que á la cintura, hacia estragos en las calles de tierra firme, donde podia maniobrar. En aquellos momentos se presentó de refresco un ejército mejicano de mas de diez mil hombres, enviado por Guatemotzin. Hernan Cortés, al frente de un piquete de caballería se arrojó sobre ellos, obligándoles á retroceder hácia las calles inmediatas. Sin embargo, al intentar perseguirles, hicieron frente á los ginetes, combatiendo á pié firme, y descargando sobre los caballos, furibundas lanzadas con que hirieron á cuátro.

Esforzados y valientes eran los pocos soldados de caballería que acompañaban á Cortés; pero muy valientes eran tambien, segun confiesa el mismo general, los guerreros aztecas, contra quienes combatian, «pues osaban esperar, dice, á los de á caballo con sus espadas y rodela» (1). Los intrépidos ginetes, revolviendo los corceles á uno y otro lado, atropellaban, sin embargo, á centenares de enemigos

(1) «Y así salimos de la ciudad tras ellos, matando muchos, aunque nos vimos en harto aprieto; porque como eran tan valientes hombres, muchos de ellos osaban esperar á los de á caballo con sus espadas y rodela.»— Tercera carta de Cortés á Carlos V.

que, no pudiendo resistir el empuje de los briosos animales, eran arrojados á largas distancias. Introducida al fin la confusion entre los mejicanos, Hernan Cortés se lanzó en medio de ellos, hiriendo á unos y atropellando á otros. De repente el caballo en que montaba cayó al suelo rendido de cansancio. Al verle en tierra, los que huian se detuvieron y se lanzaron sobre él para cogerle prisionero. Agil y sereno en el peligro, el caudillo español se puso en pié inmediatamente, y con su lanza, que la manejaba con destreza, se defendia de los contrarios que le rodeaban. Agobiado por el número, recibió una herida en la cabeza, y luchaba, á brazo partido, con tres que le tenian asido para conducirle vivo al emperador.

En aquellos momentos apareció descargando terribles golpes sobre los que rodeaban á Cortés, un valiente tlaxcalteca que acudió al ver en peligro al general. Tras él se presentó Cristóbal de Olea, natural de Medina del Campo, en Castilla la Vieja, uno de los ginetes mas esforzados del ejército español, derribando con su lanza á los contrarios que cercaban al jefe castellano. Despreciando su vida por la de su general, se metió en medio de los contrarios, quienes para defenderse de él y no verse atropellados por su corcel, se apartaron un poco, acometiendo luego, con terrible furia, al temerario ginete que así osaba atacarles. Entre tanto el indio tlaxcalteca y un criado de Hernan Cortés, que habia llegado en su auxilio, levantaron el caballo; volvió á montar en él prontamente, y se arrojó, lanza en ristre, sobre los guerreros mejicanos que cercaban á Cristóbal de Olea. Este habia recibido tres heridas graves durante los breves instantes que pasaron en levantar el

caballo y montar el general; pero no por esto dejó de seguir luchando con el mismo denuedo. No tardaron en llegar otros trece ginetes; y poco despues se presentó una fuerza de infantería que, atraída por los alaridos de guerra de los aztecas, pasó de una calle inmediata en que luchaba, al sitio en que combatía Cortés. Los mejicanos se habian hecho fuertes en unas acequias y parapetos; pero atacados con vigor imponderable, emprendieron la retirada hácia el centro de la plaza. Cuando hicieron alto para esperar de nuevo á sus contrarios, les acometieron por la espalda, montados en sus briosos corceles, Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid, Andrés de Tapia y el resto de la caballería que llegaban del campo, despues de haber combatido con los escuadrones situados cerca de la ciudad. Los mejicanos, encontrándose encerrados entre dos fuerzas que les acuchillaban, destrozados y cortada la retirada, se refugiaron á las canoas que tenian en las acequias y canales, y se marcharon por el lago, á reunirse con otros muchos escuadrones.

Nunca se habia visto Hernan Cortés en mas inminente peligro de caer prisionero que entonces. A pié, defendiéndose con su lanza de numerosos enemigos que le rodeaban, caido el caballo á sus piés, asido ya por algunos guerreros que se esforzaban en llevarle, parecia imposible que se salvase. El corazon mas animoso hubiera desmayado al encontrarse solo en medio de numerosos y valientes contrarios, que le destinaban á la piedra de los sacrificios. Pero el jefe español, dotado de un espíritu extraordinario, y alentado siempre por la idea de que la empresa que habia acometido estaba amparada por Dios, no tenia por insupe-

rable ningun peligro; y, lejos de que cruzase por su imaginacion ninguna idea aterradora que hiciese flaquear su ánimo varonil, sentia crecer su esfuerzo á medida que mas combatido se encontraba. Sin embargo; hubiera sido llevado prisionero y sacrificado con gran pompa en la capital azteca al dios Huitzilopochtli, si no hubiera acudido en su auxilio el valiente tlaxcalteca primero, y luego el bravo Cristóbal de Olea que, realizando las fantásticas hazañas con que los poetas revestian á sus héroes, penetró por en medio de los contrarios, sosteniendo un combate maravilloso, en tanto que levantaban el cansado corcel y volvía á montar el general.

Los combates sostenidos en el bello país de Anáhuac, entre los denodados indios de aquellas floríferas regiones y los primeros españoles que pisaron su aurífero suelo, eran las sorprendentes escenas en accion, pintadas en las fantásticas leyendas de los caballeros andantes. Era todavía la época de la caballería, en que los caballeros españoles, nutridos en las ideas del pundonor, de la gloria, del peligro y de la religion, se lanzaban en pos de arriesgadas empresas, teniendo como el mas claro timbre de su nombre, perecer por Dios, el rey y la propagacion del Evangelio. España era entonces la primera nacion del mundo en ciencias, letras, industria y armas, y sus capitanes habian conquistado imperecedera fama en la Europa entera con sus esclarecidos hechos. No es fácil concebir en nuestra época positivista, en que el hombre, en general, esquiva las empresas arriesgadas, y calcula detenidamente en el mas ó menos provecho que podrá producirle una operacion comercial, el espíritu que animaba á la sociedad de